



9663 AAL

Aurora y final del día



Raúl Morales Álvarez

Luego de la reciente aparición de su última obra —que debiera ser más bien la penúltima de manera perenne, de acuerdo a la constante jerarquía de su copiosa producción— uno se apresura a saludar a Luis Merino Reyes, como a un admirable intelectual completo en su pasional oficio de escribir, precisado como novelista, cuentista, autor de ensayos y de crónicas periodísticas prodigadas en estas mismas páginas. Ahora ha publicado “Aurora y final del día” en ediciones del Grupo Fuego, señalando que éste es el undécimo título de su creación poética iniciada en 1936, hace 52 años. Es necesario detenerse ante estas cifras. Merino Reyes nació en 1912. Tiene, pues, 79 años cumplidos, aceptando un rápido tranco hacia los 80, con la orgullosa satisfacción de haber comenzado a publicar a los 24, esto es, en un mocerío que sin duda ya había dado cauce desde mucho antes, tal vez a los 15 de su adolescencia, a la urgencia ilusionada de escribir bien y sin reparos. De ahí la preciosa justeza que se advierte en el título que Merino Reyes escogió para esta entrega poética, ofrecida a los lectores en dos ámbitos perfectamente definidos, en “Aurora” y en “Final del día”. En el primero late —“por aquí, por aquí, / en donde el río / bate sus alas / de esplendor cautivo”— todo aquello que la voz torturada de Domingo Gómez Rojas llamó “la juventud, amor, lo que se quiere”. Por eso, entonces, el retrato de Lucía: “está próxima a mí como viajando, / estrechada en mis manos su alegría, / defindos

sus hombros y sus piernas, / y su clara esbeltez como una espiga”, dándole motivos de nostalgia al íntimo canto del poeta: “eras hermosa en mis brazos, / súplica viva tu cuerpo, / con tu boca sin pasado / y tu imprevista tristeza”. O bien, si lo queréis, finando los tres botones de la muestra consabida, este soneto a Josefina —que es la paciente solterona a la que todos añoramos—, y escuchad, pues, lo que se le dice: “nadie besó tus labios, Josefina, / nadie afirmó su mano en tu cintura, / sólo sabías de soledad y dulzura, / siempre cantando el postre en la cocina”. Pero no en vano los años ganan distancia y vienen los cipreses funerales, la snudade, el nieto, el recuerdo de los que se fueron sin posible regreso, la suave desdicha de las cosas lejanas, allí donde ya no hay auroras y se engarfa el final del día, con el poeta ya octogenario, casi en el filo de los 80, que también presente su partida. Merino Reyes lo muestra claramente desde el primero de sus versos terminales, confesando que “aún derrocho la luz sin atisbar los pluzos, / sin advertir el tiempo con su raro artificio, / ni esos cruces de arena con que intento / desorientar la muerte / o palpar la mano de Dios vuelto de espaldas”.

Es el inexorable término de todo. El poeta lo contempla desde la oniromancia de su presentimiento con la singular serenidad que es patrimonio de su estirpe, proclamando que sólo “es la vida amparando la flor de su sosiego, / es la muerte afinando sus orejas de espía, / es todavía el hambre y la sed: es tu cielo”, para anunciar que “otros amigos nos darán la bienvenida, / nuevos pájaros escapan del horizonte / y las alegres tumbas blancas / nos llamarán desde la fragante colina”.

velamos los libros 28-10-1992. P8

000 191 523

Aurora y final del día [artículo] Raúl Morales Álvarez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Morales Álvarez, Raúl, 1912-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Aurora y final del día [artículo] Raúl Morales Alvarez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile